

RODRIGO CARRETERO

AGUA PASADA

EN BERESTEIRA, NADIE MUERE POR AZAR



MAEVA | NOIR

*A Iria y Adrián.
Ellos son la verdadera trascendencia.*

Los escenarios de la novela



PARTE I

LO PRIMERO QUE sintió Argimiro Molina al despertar de lo que le parecía una profundísima siesta fue un copo de nieve que se le fue a posar entre la boca y la nariz. La siguiente sensación resultó más desagradable: un intensísimo dolor en la espalda y un aguijonazo en el costado que le cortó la respiración. Y frío, mucho frío, un frío que jamás en su vida había sentido. Estaba tumbado bocarriba encima de la tierra nevada y sobre él se extendía la oscuridad. Había luna llena y, aunque el cielo estaba cubierto de nubes, una luz tenue aportaba una débil iluminación que apenas permitía ver a escasos metros. Se intentó incorporar, pero fue incapaz. El dolor era tan intenso que creyó morir. Y, al poco, un mareo. Tuvo que contener el vómito al contemplar la escena que se dibujaba a su izquierda. A un metro de él, descansaba, cubierto de una considerable capa de nieve, un cuerpo. Él asumió casi de inmediato que tenía que ser un cadáver, a tenor del fortísimo golpe que a aquel pobre desgraciado le había desfigurado por completo la zona de la nuca. Era lo único que alcanzaba a ver, dado que la cabeza estaba volteada hacia el lado contrario.

Intentó levantarse de nuevo, sobreponiéndose a los dolores, y fue entonces cuando sintió por primera vez la presión de una soga alrededor de la muñeca. Siguió su trayectoria y comprobó con gran sobresalto que estaba atado al muerto: aquella cuerda unía su brazo con el del cadáver. Intentó zafarse, pero

solo consiguió mover un poco al fallecido: el nudo de aquella maroma estaba muy bien hecho y él, demasiado débil para realizar grandes demostraciones de fuerza. Miró a su alrededor. Su malogrado «compañero» y él estaban en el interior de las ruinas de una pequeña iglesia. Según dedujo, ocupaban el espacio de lo que en su momento habría sido la entrada al templo, y del que ahora apenas quedaban restos de paredes de no más de dos metros y medio de altura. Enfrente se alzaban los mayores vestigios de aquella construcción, lo único que permitía deducir que tuvo que ser hace ya mucho tiempo un lugar de culto: un ábside en un lamentable estado de conservación, que parecía sostenerse de forma milagrosa, a punto de venirse abajo en cualquier momento por el peso de las enredaderas y de la maleza que lo cubrían.

Apenas un momento después de despertar de un profundo sueño, Argimiro Molina se dio cuenta de que tenía un enorme problema. Estaba atado a un cadáver, magullado, cada vez más dolorido, sin ninguna posibilidad de escapar de un sitio que no conocía y sin tener ni la más remota idea de cómo había llegado allí.

Sin ninguna fe, intentó despertar al muerto. Primero llamándolo con susurros: «¡Eh! ¡Oye! ¡Eh!». Luego, elevando cada vez más la voz: «¡Despierta, hombre, despierta!». Ante la previsible falta de respuestas hizo un esfuerzo casi sobrehumano por sobreponerse al dolor y al miedo, y tocó el rostro de aquel hombre con la mano que le quedaba libre. Notó que estaba tan frío como la nieve que lo cubría, pero hizo de tripas corazón y le giró levemente el cuello.

Fue entonces cuando no pudo reprimirse. Y gritó. Gritó como nunca. Gritó hasta perder la voz. Gritó con una fuerza más propia de un monstruo que de un humano. Unos ojos perdidos, sin vida, lo miraban. Reconoció de inmediato el cadáver. Lo reconoció él y lo podría haber reconocido el noventa y cinco por

ciento de la población española: era el escritor Moisés Retuerto, una celebridad absoluta en España, sin duda uno de los rostros más conocidos del país en los últimos años.

Era coautor, junto a León Niño, de *El monstruo naranja*, uno de los mayores fenómenos editoriales de las últimas décadas, que se había traducido a varios idiomas y cuya adaptación al cine había sido también un bombazo de taquilla. Pues allí estaba, Argimiro, un simple notario de Santander, magullado junto al cadáver de uno de los nombres más prestigiosos de las letras españolas. No tenía ni la más remota idea de cómo había llegado allí, aunque en cuanto recobró el sentido se hizo una idea de la razón por la que Moisés Retuerto estaba muerto a su lado y esposado a su muñeca. Y no eran buenas noticias para él. Más bien un aviso muy serio de lo que podría esperarle. Pero había algo peor: no podía ni imaginar cómo iba a escapar de aquel lugar en una cuenta atrás que, sospechaba, no sería muy larga, dado que el frío y la nieve iban a ser en breve los asesinos más despiadados del mundo.

2

15:05 horas del 11 de enero

EN LA CURVA número veintitrés, Olivia Navacerrada comenzó a desesperarse. Aquella sinuosa y empinada carretera no terminaba nunca. El gps de su Renault Captur hacía tiempo que había enloquecido, incapaz de conducirla hasta Beresteira, el pequeño pueblo perdido (aquella palabra en esta ocasión no podía ser más certera) en medio de las montañas gallegas en el que iba a pasar el fin de semana. Le hubiese gustado decir que viajaba sola y por placer, pero la realidad era bien distinta. Iba sola, sí, pero lo que tenía que hacer allí distaba mucho del placer, aunque lo cierto es que aquellos días se antojaban claves en su vida.

Olivia se iba a enfrentar al primer encargo de cierta envergadura que le encomendaba su jefe en *El Heraldo de Galicia*, el periódico para el que había empezado a trabajar hacía apenas dos semanas. A sus treinta y nueve años, sabía que se encontraba en un momento clave de su carrera como periodista: si aquella aventura le salía bien, podría seguir viviendo de lo suyo. Si no, el sueño que perseguía desde niña acabaría ahí y seguramente tendría que empezar de cero en algún puesto alejado de su sector. Reponedora en un supermercado, con suerte. Dependienta en un restaurante de comida rápida, tal vez. Se la había jugado por completo al abandonar su trabajo en uno de los principales periódicos de España, dejar Madrid e irse a vivir a Galicia. Un cambio que ni sus compañeros ni sus familiares habían comprendido.

Pero ella tenía razones muy poderosas y estaba convencida de su decisión.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó cuando unos tímidos copos de nieve empezaron a posarse en el parabrisas.

El escaso y deshecho asfalto de la carretera, con duras rampas y sin dejar de zigzaguar, había dado paso a un camino embarrado. Detuvo el vehículo y consultó su móvil, que la saludó con el aviso de que estaba sin cobertura. Buscó en la guantera los papeles con las indicaciones que le había enviado Pedro González, el hombre por el que estaba haciendo aquel viaje y que sería su fiel compañero los próximos dos días.

«Al llegar a un cruce hay una indicación hacia Reixas, que es otro pueblo del que no queda ya casi nada, toma esa carretera y sigue subiendo. Verás unas casas a la izquierda, las tienes que dejar atrás y continuar. Pasarás por una zona de muchas curvas y después se acaba el asfalto. El camino que sigue no está en buenas condiciones, pero los coches no suelen tener problema. Continúas unos trescientos metros y llegas a Beresteira».

Miró por las ventanillas, pero no vio nada, ni una mínima señal que indicase que estaba ya cerca de su destino y tampoco ningún vestigio de civilización. Solo vegetación densa y árboles enormes que, supuso, serían robles y eucaliptos, aunque sus escasos conocimientos de la materia le impedían estar segura. Reanudó la marcha sin mucho convencimiento. Nunca le había gustado conducir, pero hacerlo por aquel lodazal y con una amenazante nevada en ciernes era demasiado para su paciencia y su pericia.

Tras avanzar unos metros comprobó que las indicaciones que le había dado Pedro eran exactas. A lo lejos vio por primera vez Beresteira, un pueblo compuesto por apenas treinta casas, la mayoría en ruinas. Desde allí podía distinguir, casi sin dudar, cuáles pertenecían a los escasos nuevos habitantes, que habían reparado y reconstruido algunas construcciones antiguas, y cuáles llevaban abandonadas a su suerte desde los años sesenta

o setenta, cuando el éxodo rural había matado aquel pueblo. Los hogares de nuevo habitados refulgían en medio del oscuro día, mientras que los otros eran apenas puntos difusos en medio de la vegetación que los había devorado.

Siguió avanzando con cuidado y dificultad hasta entrar en el pueblo. Aparcó junto a una furgoneta, que supuso que sería de Pedro, y se percató de que el camino que la había conducido hasta allí era la calle principal de la población, a la que dividía casi por la mitad. A su derecha se alzaban algunas casas rehabilitadas, mientras que a su izquierda era casi todo vegetación y edificaciones derruidas.

Bajó del vehículo y sintió un escalofrío. El frío le dio un puñetazo en la cara. La nevada era cada vez más intensa, pero lo que en realidad la sobrecogió fue el silencio. No se escuchaba nada, como si nadie viviese allí, como si aquello siguiese abandonado e inalterado desde hacía cincuenta años. El silencio era tal que le dio por imaginar el bullicio que habría en aquellas calles, ahora apenas senderos, hacía medio siglo: niños corriendo por todas partes, mayores ocupados en sus tareas, animales montando jaleo por doquier. El contraste con aquel presente solitario la impresionó un poco.

Consultó de nuevo el móvil y comprobó que lo que había dicho Pedro era cierto: no había ni rastro de cobertura en todo el pueblo. Decidió acercarse a uno de esos edificios que habían sido el hogar de alguien hacía décadas. Era una casa de dos pisos que todavía se mantenía en pie con bastante dignidad. La parte de abajo debía de haber sido la cuadra y la de arriba, la vivienda propiamente dicha, a la que se accedía por una escalera de piedra exterior que estaba cubierta de musgo y pequeñas plantas. A buen seguro que hacía muchos años que nadie ponía un pie en aquellos peldaños. Ascendió por ellos hasta detenerse en el quicio de la entrada. No había puerta, pero le sorprendió ver que muchos de los pequeños cristales que formaban las ventanas todavía

resistían, sin romperse, al paso del tiempo. Restos de pintura azul atestiguaban el color que alguien le había dado alguna vez a los marcos. Miró dentro, pero no vio nada más que plantas y restos de la edificación, que empezaba a desmoronarse de forma progresiva. Un grito la sacó de su ensimismamiento.

—¡Cuidado! ¡No deberías estar ahí!

Olivia se giró y se encontró con un hombre de unos sesenta años, gafas redondas y una barba en su mayor parte negra, pero que iba perdiendo poco a poco la batalla contra las canas. Vestía ropa de deporte que seguramente estuvo de moda en 1992 y calzaba las típicas zapatillas de cuadros, rotas por la parte delantera, a la altura del dedo gordo, dejando a la vista unos calcetines negros. Le llamó la atención el calzado, teniendo en cuenta que en ese pueblo todas las calles eran simples senderos de tierra y barro rodeados de maleza. Le calculó 1,65 de altura e intuyó que estaba en buena forma para la edad que aparentaba.

—Esa casa lleva sin habitar cuarenta o cincuenta años. Había decenas como esa, pero se han ido cayendo todas. Esta es la que mejor se conserva, aunque puede venirse abajo en cualquier momento. Yo que tú no intentaría entrar, y más vale que bajes de ahí.

Olivia obedeció y, cuando llegó a la altura de aquel hombre, a este se le cambió la cara. El rostro de seriedad y preocupación dio paso a una sonrisa y ojos cristalinos.

—Soy Pedro. Y tú debes de ser Olivia, ¿no?

Se dieron dos besos. Era con quien había hablado por teléfono y acordado pasar el fin de semana en Beresteira. Pedro González, un personaje que ella se imaginaba peculiar, pero del que sabía poco. Había llegado a él a través del conocido de un conocido, que le había hablado de la labor que había realizado en ese pueblo. Había dejado la gran ciudad para instalarse en aquella localidad, abandonada desde hacía décadas. Tras él, más gente fue llegando a esa población y entre todos habían insuflado algo de

aire a la zona, que había ido recobrando la vida. Ella estaba allí precisamente para contar esa historia en el periódico, dentro de un reportaje más amplio sobre el renacer que estaban experimentando algunos núcleos abandonados gracias al retorno de mucha gente que se había hartado de las ciudades y se trasladaba en busca de una anhelada tranquilidad.

—¿Has llegado bien? Hay mucha gente que suele perderse y es un problema, porque ya ves que aquí no hay cobertura, y mucho menos internet. Así que no tienen forma de localizarme. Por eso siempre os envió las instrucciones lo más detalladas posible para que podáis encontrarlo.

—No te voy a decir que haya sido fácil ni un paseo, pero aquí estamos —respondió Olivia.

Aunque todo el mundo asume que un periodista es por naturaleza una persona extrovertida, dicharachera y echada para adelante, ella era todo lo contrario. Había una parte que le venía de serie por su carácter introvertido desde niña. Pero tampoco la ayudaba haberse pasado los últimos diez años trabajando en un periódico de Madrid en funciones «de mesa», básicamente copiar, pegar y organizar textos que ya le venían dados de las agencias de información o de otros compañeros. Era una jornalera del periodismo, una trabajadora que hacía una labor imprescindible en el día a día, pero sin el reconocimiento (ni el sueldo) de quienes escriben grandes reportajes que ganan premios.

Olivia era todavía una joven idealista cuando entró a trabajar en el periódico *Plaza Principal*. Era su primera oportunidad laboral y, además, debutaba en uno de los principales medios de comunicación de España. Desde el principio, todos sus conocidos la advirtieron de que la exigencia allí era máxima. «Es como jugar en el Real Madrid», le dijeron. Pero lo que no imaginaba es que aquella exigencia iba a traer consigo un sufrimiento atroz que estuvo a punto de truncar su carrera y, por momentos, su vida entera. Buena parte de culpa (si no toda) la tuvo el jefe de

la mesa de edición del periódico, que tenía la peor de las famas posibles entre la plantilla. Ya el primer día, a Olivia le habían comentado que había tenido muy mala suerte al caer allí.

—A la mesa de edición se la conoce como Corea del Norte. Te puedes imaginar por qué. Y también te puedes hacer una idea de quién es el líder supremo —le había avisado a Olivia una persona que trabajaba en la sección de Deportes, y que había conocido en la facultad.

—¿Y eso por qué? —había querido saber ella. Ahora, cuando recordaba la conversación, no podía evitar sentir vergüenza de lo tremendamente ingenua que era en ese momento. Su compañera encajó la pregunta con una sonrisa tierna.

—El ambiente allí, según cuentan, no es el mejor, por decirlo suavemente. Y dicen que, si no le bailas el agua al líder supremo, te hace la vida imposible.

Olivia no tardó en comprobar que todo aquello no solo era cierto, sino que se quedaba corto. La sección se dividía en dos: el grupo de los acólitos que rendían adoración al jefe, aunque eso supusiese pasar por encima y aplastar al resto, y el de los que se negaban a pelotearlo. Los primeros aparentaban buen rollo continuo, aunque ella pronto se dio cuenta de que eran dóciles ante los superiores y terriblemente crueles con los débiles, entre los que se encontraba ella misma, recién llegada. Los segundos sobrevivían a duras penas entre gritos, insultos y desprecios de un jefe que dirigía la sección con puño de hierro.

Esa mala experiencia la marcó y hacía mucho tiempo, casi desde su época de prácticas de la universidad, que ella no realizaba una entrevista ni se relacionaba con ninguna fuente.

Pedro la llevó de vuelta al lugar donde había dejado aparcado el coche y, desde ese camino, siguieron un sendero que subía hacia su casa. Dejaron a un lado un enorme huerto hasta llegar al edificio. Al entrar, Olivia sintió un notable olor a polvo y a chimenea. Sentir ese calor le produjo placer en contraste con

el intenso frío del exterior. La casa de Pedro era sencilla. En la planta inferior había una pequeña cocina en la que destacaba un microondas. En aquel contexto, a ella le pareció tan extraño como un teléfono móvil en una escena medieval. Al lado se encontraba una extensa estantería repleta de libros y una televisión, calculó que de los años ochenta o noventa, junto a un reproductor de vídeo como el que sus padres habían comprado cuando era pequeña. Al lado se amontonaban varias cintas VHS. Sintió que, al entrar en esa casa, había retrocedido en el tiempo.

Pedro se percató de la sorpresa de la mujer.

—Aquí tampoco llega la televisión. A veces, y solo a veces, pillamos TVE y para de contar. Así que la radio y las películas son todo el entretenimiento —aclaró—. Esta la habré visto ya como cincuenta veces —dijo al mostrar una carátula en la que aparecían unos jovencísimos Dustin Hoffman y Meryl Streep. Leyó el título para sí: *Kramer contra Kramer*.

A la planta superior de la casa se accedía por una escalera de madera tan rudimentaria y con tanta pendiente que sintió que, más que subir, estaba escalando por ella. Arriba había un descansillo con una especie de catre (no se le podía dar a eso una categoría mayor) y solo había una habitación con una sencilla cama, un escritorio y una silla. Algunos dibujos de casas abandonadas y llenas de vegetación hechos a lápiz adornaban la estancia. Olivia supuso que eran zonas de aquel mismo pueblo. Estaban compuestos por trazos sencillos pero certeros. Eran sin duda obra de alguien que dominaba la técnica a la perfección.

—Pues aquí vivo yo. Podemos sentarnos y me explicas bien qué es lo que quieres contar en tu periódico. ¿Te apetece una cerveza?

Olivia aceptó la invitación y vio que Pedro sacaba dos botellines de una pequeña nevera. Le tendió uno y, al ver su cara de desconcierto, le explicó:

—No tiene marca y tiene ese color porque es cerveza artesanal. Pero artesanal de verdad, no como la que te venden como tal en las ciudades, que esconden en realidad una producción en masa e industrial. La hacen unos chicos franceses que viven allí abajo, a veinte metros de la casa donde te he encontrado.

La periodista probó la bebida, pero al instante casi tuvo que escupirla. Una explosión, como una bomba o un disparo, resonó de tal forma que pensó que los oídos le iban a estallar. Se tiró al suelo en un acto reflejo, se metió debajo de la mesa, en la que Pedro había colocado un bol con patatas fritas solo un instante antes, y cerró los ojos, implorando a un dios en el que no creía que aquel no fuera su final.

Al ver que no ocurría nada más, Olivia fue recuperando poco a poco la calma. Salió con prudencia de debajo de la mesa y le sorprendió lo que vio: Pedro, imperturbable, la miraba con una sonrisa divertida en la cara. No entendía nada.

—Lo que acabas de oír es simplemente eso: mucho ruido y pocas nueces. Solo sonido. Un cañón de gas que pega esos zambombazos de vez en cuando. Lo instalamos para espantar a los pájaros y que no devoren todas las frutas de los árboles ni lo que nos da el huerto.

Olivia asintió, ya algo más recuperada del sobresalto, y decidió empezar a hablar con Pedro para tener un poco de contexto para su reportaje.

—Bueno, ¿y qué hace un hombre como tú en un sitio como este?

En cuanto las palabras salieron de su boca se dio cuenta de que no podía haber frase más manoseada y menos original para romper el hielo. Se lamentó, pero ya poco podía hacer. El hombre le dedicó una mirada curiosa y empezó a hablar.

—Siempre suelo decir lo mismo cuando me lo preguntan. Un día, buscando un pueblo en el que instalarme, me lanzaron desde un helicóptero en un sitio indeterminado, al azar, y fui a aterrizar aquí.

Olivia dudó de si aquello tenía algo de verdad o era una simple broma. Desde siempre le había costado captar las ironías e identificar cuándo alguien hablaba o no en serio. Pedro leyó la indecisión en su cara y trató de aclararlo enseguida.

—Es broma, mujer. La realidad es algo más complicada. O más simple, depende de cómo lo mires. Yo conocía a varios amigos que habían resucitado un pueblo abandonado en Asturias y que buscaban empezar de cero en otro parecido. Juntos, fuimos explorando sitios que habían quedado despoblados, fuimos tachando de la lista. Y el día que llegamos aquí, cuando subíamos y girábamos por esas curvas que acabas de pasar, supimos que este era nuestro lugar, que nos quedaríamos. Aunque al poco tiempo ellos se fueron y solo yo permanecí.

Había algo en la mirada de Pedro que Olivia no acababa de identificar. Sea como fuere, había llegado hasta allí para sumergirse durante cuarenta y ocho horas en ese ambiente y contar de primera mano la historia del pueblo y de aquel hombre, así que siguió adelante.

—¿Y de qué se vive aquí? —le preguntó.

—La mayoría de los vecinos son artesanos. Elaboran cerveza, queso, leche; otros hacen arte... y lo venden después por mercados de la zona. Tienen el dinero justo para ir tirando, pero aquí no hace falta mucho y tampoco queremos más.

—¿Y tú? ¿Vendes lo que te da el huerto?

Pedro volvió a examinar a aquella mujer que tenía enfrente. Desde luego no se ajustaba a la imagen prototípica de una periodista. Parecía apocada, le costaba sostener la mirada al hablar e incluso notaba en ella cierta tensión corporal.

—¿El huerto? No, no. Qué va. El huerto es más un entrenamiento para Juan, la persona que vive conmigo y que anda por ahí ahora. Luego lo conocerás. Yo he montado un proyecto de turismo. Tengo una casa que he rehabilitado ahí abajo, de seis habitaciones, y un albergue con capacidad para doce personas.

Como te imaginarás, ni es el Palace ni me voy a hacer rico con los ingresos que da, pero me conformo.

Olivia dio otro trago a la cerveza mientras procesaba la información. Lo último que esperaba era que hubiese un alojamiento turístico en aquel sitio sin cobertura, sin wifi y sin apenas comodidades. Pedro volvió a intuir sus pensamientos.

—Casi todos los que vienen lo hacen buscando desconectar y acercarse a la naturaleza y aquí, en ese sentido, ofrecemos la experiencia extrema. Ya ves que no hay luz por la calle, ni una farola, el supermercado más cercano está a cincuenta kilómetros, en Castrofeirín, y para tener algo de cobertura tienes que volver casi tres kilómetros por el camino que te ha traído hasta aquí. Pero pocos se quejan, fíjate.

La periodista vio que el hombre sacaba un móvil y le enseñaba capturas de pantalla con las opiniones que los viajeros dejaban en plataformas de valoración. Su casa rural, llamada La Palloza, tenía un 4,8 sobre 5 y casi todos destacaban la hospitalidad de Pedro, la desconexión total de la que habían disfrutado y la tranquilidad de la zona. Y todos, eso sí, avisaban de que los bares, las tiendas y la civilización en general quedaban lejísimos.

Olivia se dio cuenta en ese momento de que estaba cometiendo un error de periodista novata: hablaba, extraía información, pero sin tomar notas ni grabar nada. Sabía que más tarde, a la hora de escribir su reportaje, aquello le pasaría factura, porque olvidaría detalles y no podría incluir palabras textuales de Pedro.

—Perdóname, pero antes de seguir hablando me gustaría bajar al coche. Me he venido sin nada para tomar notas ni grabar y, si no te importa, preferiría hacerlo.

—Claro, mujer —respondió Pedro, de nuevo sorprendido por la extrema timidez que desprendía en cada gesto y en cada palabra—. ¿Sabes volver o prefieres que te acompañe?

—Creo que seré capaz.

Olivia descendió por el sendero que había recorrido hacía unos minutos con Pedro, pero al llegar a su vehículo tuvo que contenerse para no gritar. Lo que tenía frente a ella era lo último que hubiera imaginado ver. En el capó de su Renault Captur alguien había escrito, rayando la chapa, una palabra. Cuatro letras que dejaban bien claro el mensaje: «VETE».